

## CONVERSACION XXXI

## SOBRE LA HUMILDAD.

Atanasia. Después de haberte dejado descansar todos estos días de fiesta, ¿tendrás á bien, que te interrumpamos por uu instante, para aprovecharnos de tus luces.

Teodosia. Yo extraño ciertamente, que gastéis preámbulos conmigo: ¿no sabéis ya, que estoy enteramente dedicada á todo aquello que os pueda complacer?

Cornelia. Unas palabras como estas, nos ensanchan el corazón, y nos inspiran confianza. Dinos, pues, (si gustas) qué juicio haces de la virtud de la *Humildad*; porque ha mucho tiempo que deseamos oírte sobre este particular.

Teodosia. Gustosamente admirada estoy de ver el celo que manifiestas por esta amable virtud; pues ella es el fundamento y basa de todas las demás virtudes: con ella todo se hace, y todo es virtud; sin ella, aun las mismas virtudes suelen volverse vicios.

Atanasia. No perdamos tiempo: empieza ya á tra-

tar derechamente del asunto; porque lo deseamos en extremo.

Teodosia. Justo es ceder á vuestros deseos. Pues, para que esta virtud sea verdadera, debe estar universalmente difundida por toda la persona que la posee; quiero decir; en su espíritu, en su corazón, en sus palabras, y en sus acciones.

Cornelia. Y díme: ¿qué impresión debe hacer en su espíritu?

Teodosia. Debe desterrar de él toda estimación propia; y hacer que en su lugar se engendre y suceda un menosprecio cristiano.

Atanasia. Con que, una persona que es humilde, ¿no puede formar de sí propia unas ideas ventajosas?

Teodosia. No por cierto; porque nada vé en sí, como suyo, que merezca en estimación; y sino, decidme: ¿qué otra cosa vé en sí, que la nada y el pecado? La nada, que es su origen y su centro; y el pecado, que es la única cosa que posee como propia.

Cornelia. ¿Acaso no vé también en sí los dones de Dios? Y en consideración á ellos ¿no puede estimarse por razón de sus dones?

Teodosia. Bien puede verlos; pero no por eso debe estimarse más; pues estos dones no son ni ella misma, ni propios de ella misma; y aun de ordinario nada ha hecho para obtenerlos, ni le queda las más veces otra cosa de estos dones, que el abuso y el mal uso de ellos.

Atanasia. Pero á lo menos, los que están adornados de estos dones, ¿no son más dignos de estimación, que los que no los tienen?



Teodosia. Sí, indubitablemente; pero de ahí no se sigue, que ellos deban por eso estimarse más; puesto que estos dones nada absolutamente añaden á lo que ellos son por sí mismos.

Cornelia. Eso será tal vez, por el peligro que habría de que cada uno los confundiese consigo mismo.

Teodosia. Seguramente es así; pues esto sería exponerse á apropiárselos á sí mismo, y atribuirse á sí propio esta gloria: lo cual sería un robo sumamente enorme.

Atanasia. Todo eso pudiera pasar muy bien, si te contentaras con decir, que el que es de veras humilde, no debe estimarse á sí propio; pero es el caso, que añades, que debe también menospreciarse.

Teodosia. En efecto; ¿qué cosa más despreciable, que una obra enteramente desfigurada por el pecado? Pues eso viene á ser todo hombre, mirado en su propio fondo.

Cornelia. Pero, y el entendimiento, la voluntad, la salud, y todas las demás buenas cualidades del hombre, ¿no son cosas bien dignas de estimación?

Teodosia. Sí; pero ha de ser un entendimiento de buenas luces, una voluntad recta é inocente, un cuerpo sano y robusto; no un entendimiento lleno de tinieblas, ni una voluntad del todo corrompida, ni un cuerpo sujeto á mil enfermedades.

Atanasia. A unas razones tan palpables, forzosamente hemos de ceder. Pasemos ya, si te parece, al corazón; y dínos, ¿qué impresión debe hacer en en él la Humildad?

Teodosia. Debe grabar en él profundamente el amor á los abatimientos, á los desdenes, á las contradicciones, á los menosprecios y trabacuentas ó disensiones de parte de los Deudos y Amigos; pues sin este amor, nadie puede ser humilde, más que en su fantasía.

Cornelia. Pero ¿cómo es posible tener amor á unas cosas tan poco amables en sí, y al mismo tiempo tan insoportables para nuestro orgullo?

Teodosia. Cuando yo digo, que es necesario amar todas estas cosas, no pretendo persuadir, que sean amables; y mucho menos el que hayan de amarse por ellas mismas.

Atanasia. Pues ¿cómo, y por qué se han de amar?

Teodosia. Han de amarse, porque hay necesidad de amarlas; casi de la misma manera que se aman los medicamentos, usando de ellos contra las enfermedades del cuerpo.

Cornelia. Pero díme; ¿qué utilidad pueden acarrear semejantes humillaciones?

Teodosia. Es necesario haberlo experimentado, para saberlo. Sirven maravillosamente para castigar el orgullo pasado, para curar el orgullo presente, y para precaver el orgullo futuro.

Atanasia. Al propio tiempo que nos inspiras amor á las humillaciones, ¿das á entender igualmente, que es menester desearlas?

Teodosia. No, no hay que confundir estas dos cosas. Léjos de desearlas, es necesario temerlas, en consideración á nuestra flaqueza; y con todo eso, amarlas



á vista de la necesidad que de ellas tenemos, cuando Dios permite, que nos sobrevengan.

Cornelia. Esta respuesta, al mismo tiempo que me instruye, me aquieta; porque estaba yo en la inteligencia, de que no solamente era menester amarlas, sino desearlas también.

Teodosia. Eso de desearlas, se queda únicamente para los que son perfectos; pero para los demás será bastante, que cuando les acontezcan, las reciban con tranquilidad y sumisión, amando la utilidad que ellas traen consigo.

Atanasia. Mucho nos alegramos de oír este modo de explicar las cosas. Véamos ahora, ¿qué impresión debe hacer en las palabras la Humildad?

Teodosia. Como las palabras son según fueren los pensamientos y los sentimientos; siempre que en unos y otros hubiere humildad, la habrá igualmente en las palabras.

Cornelia. Pero dime: ¿qué efecto producirá en ellas la Humildad?

Teodosia. Arreglará el tiempo, el modo, los asuntos, y hasta el acento ó la pronunciación.

Atanasia. Haznos el favor de explicarte un poco más, para que comprendamos mejor lo que quieres decir.

Teodosia. De muy buena gana. Reglará el tiempo á las palabras, dictándonos que no hablemos sino cuando fuere necesario ó conveniente. Reglará el modo de hablar, inspirándonos, que hablemos con mucha deferencia y sin apego á nuestro propio dictamen. Re-

glará los asuntos, sugiriéndonos, que no hablemos de nosotras mismas sino con extremada moderación, y con una sobriedad muy grande. Reglará hasta el mismo acento, inspirándonos, que hablemos siempre con un tono de voz modesto y sumiso.

Cornelia. Pues ¿qué? La Humildad ¿no permite nunca, que una hable de sí misma?

Teodosia. Perdona, que yo no he dicho tal cosa: lo que yo he dicho es, que se puede hacer, con tal que sea con extremada circunspección, y con una gran sobriedad.

Atanasia. Y ¿cuándo, y en qué ocasiones se puede hacer eso?

Teodosia. Todas las veces que hubiere necesidad; y cuando el hacerlo, ceda en honra y gloria de Dios, y en utilidad del prójimo, ó de sí misma. Más, como esto último es sumamente delicado, regularmente lo más seguro es callar.

Cornelia. Y dime, por tu vida: ¿en qué ocasiones será necesario poner un gran cuidado para no hablar de sí propia?

Teodosia. Cuando no hubiere necesidad alguna de ello; cuando se hiciese por un espíritu de vanidad y ostentación: lo cual se conoce cuando una se jacta cuando se propone á sí misma por ejemplo y modelo; cuando no se lleva otra mira que ensalzarse á sí misma, y abatir á los demás.

Atanasia. ¿Y podrá una hablar de sí para justificarse, sin que eso sea contra la Humildad?

Teodosia. Se podrá muy bien, con tal que no se lle-



ve otro fin en esto que atestiguar la verdad; procurar la edificación del prójimo; ó impedir que éste se escandalice.

Cornelia. Pero ¿no podrá esto hacerse con la mira de rechazar ó rebatir la humillación, ó por libertarse de ella?

Teodosia. Sí; en caso de que se tema ceder al peso de la humillación; pero sin pensar por esto, que no se tenía merecida; y guardándose mucho de dar fomento á su orgullo.

Atanasia. ¿Qué? ¿No se podrá pedir resarcimiento ni compensación alguna por las ofensas recibidas?

Teodosia. Con tu permiso, no es eso lo que digo: bien se puede, sí; con tal que esto se haga con espíritu de justicia, y no con espíritu de orgullo.

Cornelia. Y ¿cuando se conocerá, que esto se hace con espíritu de justicia?

Teodosia. Cuando se hiciere con ánimo de reducir á otros á la razón y á su deber, y por atajar sus injustos prosedimientos.

Atanasia. ¿Y cuando se hace esto con espíritu de orgullo?

Teodosia. Cuando no se piensa más que en triunfar de sus contrarios, y llenarlos de confusión y sonrojo.

Cornelia. Según estos principios, ¿será lícito humillarse á sí misma?

Teodosia. Yo no veo, que se infiera tal cosa de mis palabras; antes, por el contrario, no sé yo, que haya

Humildad más sospechosa que ésta, ni más expuesta á falsedad.

Atanasia. ¿Por qué razón? Dí; ¿qué pruebas tienes para eso?

Teodosia. Porque ordinariamente los que se humillan á sí mismos, no son los que de mejor gana sufren ser humillados por otros; y aun muchísimas veces no es esto otra cosa que un puro artificio, por asegurarse más de las alabanzas ajenas.

Cornelia. Baste ya lo dicho, por lo tocante á la Humildad de las palabras; pasemos ya, si gustas, á la de las acciones; y dinos, ¿qué impresión debe hacer en ellas.

Teodosia. Justo es ejecutarlo así, pues que os lo he ofrecido. La persona que es verdaderamente humilde, se contenta con el último lugar ó puesto, y con los oficios más bajos.

Atanasia. ¿Ella misma pide y solicita el último puesto, y los oficios más inferiores?

Teodosia. No; ni los pide, ni los busca; se contenta con aceptarlos, cuando se la presentan.

Cornelia. Y cuando se la quiere elevar, ó hacerla que deje lo que su Humildad apetecería, ¿de qué modo se maneja en tales coyunturas?

Teodosia. Entonces cede y obedece; por que no encuentra otro partido más seguro que el de la sumisión y obediencia.

Atanasia. Pero ¿y no puede hacer presente su indignidad?

Teodosia. Sí puede; como lo haga con la debida mo-



destia, y con absoluta determinación á obedecerlo que la manden.

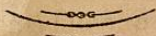
Cornelia. ¿En qué otra cosa más colocas la Humildad en las acciones de aquella persona, que es verdaderamente humilde?

Teodosia. En el esmero que pone para evitar cuidadosamente toda la afectación y toda singularidad generalmente en todo lo que pertenece á su persona.

Atanasaia. Un retrato es éste, á mi parecer, perfectamente acabado: ahora nos toca á nosotras meditar despacio todo lo que nos ha dicho, para que podamos comprenderlo bien.

Teodosia. Si os contentáreis con solo rumiar y entender bien mis palabras, os quedaréis á la mitad de la obra, y nada más: es necesario pasar adelante, y llegar á la ejecución.

Cornelia. Ea pues; manos á la obra, para que tantas y tan bellas instrucciones no queden inútiles y sin fruto alguno.



## CONVERSACION XXXII

SOBRE LOS MEDIOS PARA ADQUIRIR LA HUMILDAD.

Atanasaia. Después que nos has enseñado perfectamente, en que consiste la virtud de la Humildad; quisieramos ahora saber ¿qué se necesita hacer para adquirirla?

Teodosia. Es necesario pedírsela á Dios muy devéras. Ella es la virtud de las Virtudes; y así, todo se debe poner por obra para conseguirla.

Cornelia. Yo tengo por muy bueno este medio; pero es un medio que hace á todo.

Teodosia. Es verdad; pero sin embargo, por aquí es preciso empezar; porque debiendo todos ser humildes, importa mucho, que conozcamos nuestra impotencia para serlo, y la necesidad que hay de implorar el socorro del Cielo, para lograrlo.

Atanasaia. Yo pensaba, que para ser luego humilde, no se necesitaba hacer otra cosa más que humillarse.

Teodosia. ¡Ah! Bien se conoce que todavía no tienes una idéa cabal de lo que es Humildad;



Cornelia. Por ventura, humillarse y ser humilde no es una misma cosa?

Teodosia. No, repito: ser humilde es amar sinceramente y de corazón su propio abatimiento; es llenarse de regocijo á los pies del Señor; y es encontrar en esto mismo, placer y contento:

Atanasia. Aún no habia yo comprendido eso.

Teodosia. Pues en esto está la verdadera humildad; y en faltando esto, no se tiene más que asomos y apariencias de ella.

Cornelia. Hasta ahora siempre he temido yo mucho la humillación; y así, cuando me ha sobrevenido el color, y mi corazón quedaba sumamente dolorido.

Teodosia. Todo eso denota un orgullo de los más desmedidos.

Atanasia. Lejos de allar yo placer y contento en la humillación, no encuentro sino amargura y pesar.

Teodosia. Otra prueba de un orgullo muy grande.

Cornelia. ¿Y qué remedio para este mal?

Teodosia. Yo no alcanzo otro que el de amar el abatimiento, á proporción de lo que la gente mundana ama la elevación y altanería.

Atanasia. Ese es un remedio muy duro y muy violento.

Teodosia. Al contrario; no puede ser más suave; y sino, haced la experiencia.

Cornelia. Pero, y si llegaren á decir de mí, que soy una mujer de poco espíritu, de poco mérito, de pocas conveniencias, de cortos alcances, de poca habilidad, de capacidad muy limitada, y á este tenor otros mil de-

fectos; ¿también deberé mirar con amor y con gusto estas cosas?

Teodosia. Sí, es necesario amar el abatimiento que de ahí resultáre, si es que deseas ser humilde.

Atanasia. Pero todo esto es sumamente costoso.

Teodosia. Cierto; para un corazón que huye del abatimiento; más no para el que de veras le ama.

Cornelia. Mejor quisiera yo decir todas estas cosas de mí misma, que oír que me las dijeren.

Teodosia. Algo es, sin duda, el decir cada uno de sí propio esas cosas; pero el oír de buena gana, que las digan otros, sean los que fueren, sin darse por ofendido; en eso sí que está la perfección de la Humildad.

Atanasia. Tus palabras van introduciendo insensiblemente en nuestro corazón el amor al abatimiento.

Teodosia. Como lleguéis á tener este amor, soportaréis también con paciencia el que aun se diga de vosotras el mal que no hay en realidad.

Cornelia. Pues yo creía, que no se debiera sufrir semejante cosa.

Teodosia. En eso me perdonarás. El que es verdaderamente humilde se contenta en estas ocasiones con deponer en favor de la verdad, negando tranquila y pacíficamente lo que en realidad no hay: hecho esto se mantiene con la mayor serenidad, gustando en silencio la dulzura que Dios comunica al corazón que es verdaderamente humilde.

Atanasia. Con que ¿nunca será lícito pedir resarcimiento por los agravios recibidos?

Teodosia. Hay algunos casos en que no solamente es



permitido; sino que también es preciso hacerlo: pero en estos mismos casos es necesario examinar bien, por qué espíritu ó con qué intensión se obra; guardándose especialmente de hacer nunca esto por un espíritu de venganza.

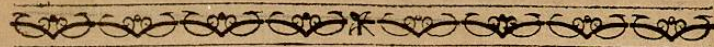
Cornelia. Siendo, pues esto así; ¿cómo tomará esta tal persona los consejos, las reprensiones, los desaires, las palabras groseras ó desdeñosas, las preferencias de otras personas á ella, y generalmente todas las pequeñas humillaciones, que son tan ordinarias en la vida humana?

Teodosia. Con paz, con sosiego, con tranquilidad: su corazón, preparado de antemano y que ama ya el abatimiento, ni aun siquiera se inquietará.

Atanasia. ¡Oh, cuánto me agrada este retrato! Y ¡cuánto celebraría yo parecerme á él!

Teodosia. Pues, amiga mía: oración, y trabajar; pero ha de ser oración continua, y un trabajar con todas tus fuerzas; de esa manera lo conseguirás.

Cornelia. Yo lo deseo con impaciencia; y no pudiera acaecerme una cosa más agradable.



## CONVERSACION XXXIII

SOBRE LA OBEDIENCIA.

Antonia. Es tal el deseo que tengo de aprovecharme de tus luces, que ya se me hacía que se retardaba demasiado el verte.

Berta. Mucho más necesito yo de las tuyas.

Julita. Las tuyas son las que aguardamos con impaciencia.

Berta. Una vez que os empeñáis en eso, decidme sobre qué deséais, que conversemos hoy.

Antonia. Acerca de la Obediencia, si fuere de tu agrado.

Berta. De muy buena gana; tanto más, porque esta virtud puede llamarse la virtud de las Virtudes.

Julita. Y ¿por qué razón?

Berta. Porque ésta es, á lo que entiendo yo, la única virtud que no está sujeta á ilusión ni engaño.

Antonia. Pues ¿y la Humildad no está igualmente exenta de todo engaño?

Berta. No; porque muchas veces se cree ser humilde, no lo siendo; en lugar que no es posible creer que se odedece, dejando de obedecer